

hasta la cintura, cayeron luego sobre los lugares ocupados por el enemigo, los tomaron á la bayoneta, prendieron á muchos insurgentes, de los que mataron un número considerable, y escarmentaron á San Boy entregándolo á las llamas. Volvieron por la noche triunfantes á Barcelona llevando la artillería enemiga, con grande asombro del pueblo que se había lisonjeado de no volverlos á ver más. Esta acción impuso un tanto á la tumultuosa población de aquella gran ciudad y mantuvo en su indecisión á la clase acomodada, que, lo mismo allí que en todas partes, fluctuaba movida por el orgullo nacional, profundamente vejado, y el temor de una lucha con la Francia bajo la influencia de las turbas furibundas. El general Duhesme, sin embargo, receloso por la suerte de Chabrán, que estaba lejos de él en Tarragona, escribió á Bayona que la excursión prescrita á este general para darse la mano con el mariscal Moncey bajo los muros de Valencia ofrecía los mayores peligros, no sólo para su propia división, sino también para las tropas que habían quedado en Barcelona. Estos motivos alegaba pidiendo permiso para hacerle regresar.

Tales eran los acontecimientos en el Norte de España de resultas de las órdenes enviadas de Bayona á las tropas que circulaban entre los Pirineos y Madrid. Con igual puntualidad se cumplieron las transmitidas por medio del estado mayor de Madrid á las tropas destinadas á operar en el Mediodía. Continuaba Murat en la imposibilidad de poder disponer cosa alguna; pero el general Belliard, mientras llegaba el general Savary, envió por su propia autoridad al mariscal Moncey y al general Dupont las instrucciones del emperador. Moncey salió de Madrid con dirección á Valencia, por el camino de Cuenca, con su primera división, mandada por el general Musnier. Con su primera división también, que mandaba el general Barbou, salió de Toledo el general Dupont, dirigiéndose por la Mancha á Sierra Morena. Quedaban, pues, dentro de Madrid dos divisiones del mariscal Moncey con la guardia imperial y los coraceros. La división de Vedel, que era la segunda de Dupont, tomó en Toledo la posición que dejó desocupada la división de Barbou. La división de Frere, tercera de Dupont, que había regresado de Segovia al Escorial, tomó en Aranjuez la posición que había dejado la división de Vedel. Quedaban por consiguiente en la capital y sus cercanías unos treinta mil hombres de infantería y caballería, fuerza suficiente entonces. Sólo se destacó de allí una columna de unos tres mil hombres, que se quería llevar á Zaragoza por la provincia de Guadalajara y que se quedó en esta ciudad.

El mariscal Moncey emprendió su marcha el 4 de junio con un cuerpo francés de ocho mil cuatrocientos hombres, entre ellos ochocientos húsares, y diez y seis bocas de fuego. Habían de seguirle mil quinientos hombres de la mejor infantería española y quinientos jinetes de la misma nación, con lo cual debía llegar su cuerpo al número de diez mil hombres, y al de quince ó diez y seis mil sobre Valencia, supuesta su reunión con el general Chabrán. Desgraciadamente esta última reunión era muy dudosa, y además dos terceras partes de las tropas españolas desertaron durante la noche que precedió á la salida de la división francesa: esta deserción debilitó tanto el cuerpo auxiliar que ya su salida

no ofrecía ventaja alguna. Empezó, pues, su expedición el mariscal Moncey con ocho mil cuatrocientos hombres de tropas francesas, jóvenes, pero ardorosas y muy disciplinadas. Hizo noche el primer día en Pinto, el segundo en Aranjuez, el tercero en Santa Cruz y el cuarto en Tarancón, marchando á cortas jornadas para no cansar á sus soldados é irlos acostumbrando á las fatigas y á los calores. Llegaron el día 7 á Tarancón, y el mariscal Moncey, que se esmeraba en tratar bien á sus tropas y á los naturales, y que en todas partes hallaba víveres y buena acogida, les concedió que descansaran todo el día 8. Era conocido de los españoles desde la guerra de 1793 y había conservado la reputación de hombre humano que tanto le aprovechaba para con ellos. Conviene añadir que en las provincias del centro, como no había dado el impulso patriótico ninguna ciudad importante, se disfrutaba de bastante sosiego. Así, pues, el mariscal Moncey pudo sin la menor dificultad subsistir y hacer sus marchas. El día 9 hizo noche en Carrascosa, el 10 en Villar del Horno y el 11 en Cuenca.

Llegado que hubo á esta ciudad, quiso detenerse para proporcionarse noticias tanto de Valencia cuanto del general Chabrán, con quien contaba para llevar á cabo su encargo; pero las montañas que le separaban por la izquierda del bajo principado y de Valencia por la derecha, se las interceptaban todas. Por lo tocante á Valencia ninguna lograba atravesar el desfiladero de Requena: lo único que por aquella parte se sabía era que la sublevación siempre permanente subía de punto á cada instante, que se acababan de cometer asesinatos horribles, y que aquella solivada población sólo podría quietarse haciendo uso de la fuerza. Informado Moncey de la llegada del general Chabrán á Tarragona, y calculando que para ir á Tortosa y Castellón de la Plana siguiendo la orilla del mar, tendría que tardar hasta el 25 de junio, le despachó órdenes para que no se retrasase y tomó sus disposiciones para no asomar él en la llanura de Valencia antes del mismo día 25. Tomó el partido de permanecer en Cuenca hasta el 18, salir después con dirección á Requena y no forzar los desfiladeros de las montañas hasta el momento oportuno de operar de concierto con el general Chabrán. Proponíase invertir los seis días que iba á pasar en Cuenca en dar descanso á sus tropas, proporcionándoles bagajes, y reunir noticias sobre el escabroso y difícil camino que iba á seguir. Este modo de operar tan metódico podía ciertamente tener sus ventajas, pero también producir funestas consecuencias, porque daba tiempo á la insurrección para que se fuera organizando y se arraigase hondamente en Valencia.

Entretanto el general Dupont avanzaba hacia Andalucía de muy distinta manera. Saliendo de Toledo á fines de mayo, se le habían agregado en el camino los dragones del general Pryvé, que substitúan á los coraceros de su cuerpo de ejército, los marinos de la guardia imperial y los dos regimientos suizos de Preux y de Reding. Podía considerarse la división de Barbou como de unos seis mil hombres sobre las armas; los marinos de la guardia serían unos quinientos ó seiscientos hombres, pero consumados en todas las prácticas de mar y tierra; la caballería, compuesta de cazadores y dragones, reunía dos mil seiscientos; la artillería y los inge-

nieros de setecientos á ochocientos; los suizos dos mil cuatrocientos: formando un total de doce ó trece mil hombres útiles (1). Atravesó el general Dupont la Mancha sin obstáculo, hallando desierta aquella provincia tan poco poblada de suyo, advirtiendo en todos los lugares y aldeas señales ciertas de un odio violento y mal reprimido (2), lo que le precisó á marchar con infinitas precauciones para no ir dejando atrás rezagados. Cruzó sin resistencia las formidables estrechuras de Sierra Morena y llegó el 3 de junio á Bailén, lugar de siniestra recordación, que estaba aquel general muy ajeno de considerar como teatro de su más terrible infortunio. Supo allí la insurrección de Sevilla y del Mediodía de España, el levantamiento de todos los pueblos y la reunión de las tropas de línea con los sublevados. Dudó, sin embargo, todavía de la conducta que seguiría el general Castaños, que mandaba el Campo de San Roque, y había esperanzas de que continuase adicto á la causa de la nueva dinastía, por cuanto había manifestado mucha incertidumbre y una desaprobación explícita del levantamiento en varios coloquios recientemente tenidos con oficiales franceses. Lo cierto era que los tres regimientos suizos de Tarragona, Cartagena y Málaga, que se creían juntos en Granada y prontos á reunirse con el ejército francés en el camino de Sevilla, acababan de ser envueltos y arrastrados por los insurrectos. Este funesto ejemplo ponía á prueba la fidelidad de los suizos que con nosotros servían, y sólo la victoria podía asegurarnoslos: el levantamiento de Badajoz y Extremadura hacía improbable, por otra parte, la reunión de la división de Kellermann, enviada de Lisboa á Elvás; pero estas consideraciones, aunque enojosas, no podían hacer desistir de su empeño al general Dupont, que, después de tantos encuentros con los ejércitos austríacos, prusianos y rusos, y de haberlos siempre vencido á pesar de la inferioridad del número, no hacía mucho caso de las gavillas de paisanaje armado que tenía que someter. Sin embargo, al marchar resueltamente contra ellas juzgó prudente advertir al estado mayor general de Madrid las proporciones que había tomado la insurrección, solicitando la reunión de todo su cuerpo de ejército para poder dominar la Andalucía, donde suponía no tener que hacer más que un *paseo triunfal*.

Desembocando por los desfiladeros de Sierra Morena sobre Bailén, y ocupado ya el valle del Guadalquivir, volvió sobre la derecha y resolvió seguir la corriente del río para ir á Córdoba y hacer un escarmiento con la vanguardia de la insurrección. Llegó el día 4 de junio á Andújar, donde supo más pormenores sobre los sucesos

(1) Sacamos estos números de los estados más auténticos, y sólo los adoptamos después de numerosas comprobaciones. Conviene tenerlos muy presentes, porque el general Dupont se atribuyó en su causa fuerzas mucho menores de las que aquí resultan, y sus acusadores, por el contrario, le atribuyeron muchas más. Las que aquí consignamos son las verdaderas, y para ello hemos compulsado los estados que suministró el general Dupont, los que se formaron en el ministerio de la Guerra y por último los que usaba particularmente Napoleón para combinar sus instrucciones. (N. del A.)

(2) Prueba de que no advirtió Dupont semejante odio fué la ciega confianza con que dejó almacenados en el depósito de Santa Cruz de Mudela la galleta y víveres que á prevención traía, y que por entonces le permitió ahorrar la candorosa liberalidad de los pueblos. (N. del T.)

de Andalucía: persistió con nuevo ahinco en su resolución de caer prontamente sobre los sublevados, y redobló sus instancias pidiendo la reunión de las tres divisiones que componían su cuerpo de ejército.

Adquirió en Andújar noticias más detalladas sobre las dificultades que tendría que vencer en el camino de Córdoba. Agustín de Echavarrí, que como ya dijimos había servido al país limpiando la Sierra Morena de los bandidos que la infestaban, se había hecho cabeza de los que antes perseguía, de todo el paisanaje de la comarca y del pueblo de Córdoba y lugares circunvecinos. Tenía además dos ó tres batallones de milicias provinciales y alguna caballería, reuniendo entre todos unos veinte mil hombres: quince mil por lo menos de bandas indisciplinadas. Este era el llamado ejército de Córdoba del puente de Alcolea. Despreciando más de lo que debiera tales adversarios, se apresuró el general Dupont á avanzar contra ellos y á quitarles aquel puente, de tan poca importancia comparado con el de Halle, que había tomado con sólo ocho mil franceses contra veinte mil prusianos. Siguió, pues, bajando al Guadalquivir para aproximarse á Alcolea y Córdoba: el día 5 llegó á Aldea del Río, el 6 al Carpio y el 7 al quebrar el día se puso delante del mismo puente de Alcolea.

No estaba mal elegida la posición que habían tomado los insurgentes para defender á Córdoba. Extiéndese la carretera de Andalucía hasta llegar á Córdoba por el ameno valle del Guadalquivir, y va perfilando juntamente con el río, sobre el cual pasa á trechos de una á otra orilla, la falda de las laderas más pintorescas y risueñas de la tierra, cubiertas de olivos y naranjos, y coronadas en enhiestos pinos y algunas palmeras. Sobre estas laderas ó ribazos se distinguen, á la derecha y de modo que parecen tocarse con la mano, las crestas sombrías de Sierra Morena, y á mano siniestra y muy lejanas las cimas vaporosas y azuladas de las montañas de Granada. El camino que va al principio á la derecha del Guadalquivir pasa en Andújar á la izquierda: en el puente de Alcolea vuelve á pasar á la derecha para enlazarse con Córdoba, asentada á este lado á la orilla misma del río, en cuyas aguas se reflejan sus torres moriscas. No dejaba de merecer alguna importancia la posesión del puente de Alcolea, que ofrecía paso cómodo á nuestra artillería; porque si bien en aquel trecho es el Guadalquivir vadeable por todas partes, especialmente en el estío, sus escarpadas orillas son, sin embargo, obstáculo para entrar y salir. El puente, largo y angosto, acaba en el mismo pueblo de Alcolea, de que toma nombre. Habían los españoles cerrado su entrada por medio de una obra de campaña, reducida á un espaldón de tierra con un foso profundo: habíanlo guarnecido con tropa y artillería, teniendo cuidado de diseminar en avanzada á derecha é izquierda numerosas guerrillas de fusileros emboscadas en los olivares. El puente estaba además obstruido, el pueblo de Alcolea lleno de gente diestra en el manejo del fusil, y á cierta distancia asomaban doce cañones en una colina que dominaba las dos orillas, precediendo al grueso del ejército insurgente formado en una espaciosa mesa más allá todavía. Tenían éstos dispuesta una diversión para molestar á los acometedores, haciendo que pasase el Guadalquivir por debajo de Alcolea una columna de tres ó cuatro mil

hombres, que, subiendo por la orilla izquierda, ocupada por los franceses, amagase caer sobre su flanco mientras atacaran de frente el puente mencionado.

Había, pues, que ahuyentar aquellas nubes de fusileros apostados en los olivares, asaltar la obra practicada, tomarla, atravesar el puente, enseñorearse de Alcolea, repeler al mismo tiempo al Guadalquivir el cuerpo que le había pasado, y caer en seguida sobre Córdoba, que dista de allí sólo dos leguas. Para todo había tiempo, porque habíamos llegado á las cinco de la mañana al campo enemigo con uno de los más hermosos días de junio. Puso el general Dupont á la cabeza la brigada de Pannetier, compuesta de dos batallones de la guardia de París y otros dos de las legiones de reserva, distribuyó por derecha é izquierda varias guerrillas, formó en segunda línea la brigada de Chabert, en tercera los suizos, y dispuso sobre su izquierda toda la caballería á las órdenes del general Fresia para contener al cuerpo que subía el Guadalquivir. Tuvo la precaución de enviar á reconocer el puente, deslizándose por debajo de él el intrépido capitán Baste con unos cien marinos de la guardia, y mandó en seguida que fuese la embestida veloz y pujante para no perder gente en tentativas.

A la señal convenida, roto el fuego por la artillería francesa y las guerrillas, avanzaron al reducto los batallones de la guardia de París mandados por el general Pannetier y el coronel Esteve. Lanzáronse bravamente al foso los granaderos, aguantando un nutrido tiroteo, y encaramándose unos sobre otros penetraron por las troneras, mientras lo hacía por el costado de la obra fuerte el capitán Baste, que había acabado su reconocimiento. Tomado así el reducto, se arrojaron los granaderos sobre el puente; le atravesaron á bayoneta calada, perdieron algunos hombres, entre ellos su capitán, oficial valiente que los había conducido denodadamente al asalto, y llegaron por fin al pueblo de Alcolea. Seguía la tercera legión: unos y otros le asaltaron unidos contra un enjambre de insurgentes que le defendía, y allí perdimos más gente que en el ataque del puente; pero también causamos mayor pérdida al enemigo, prendiendo y pasando á cuchillo á muchos dentro de las casas del pueblo, que quedó en breve por nosotros. Durante este impetuoso ataque, el general Fresia detuvo en la orilla opuesta del Guadalquivir al cuerpo español encargado de la diversión referida, el cual al vigoroso ímpetu de nuestros dragones tuvo que replegarse velozmente y repasar el Guadalquivir desordenado.

Esta brillante acción no nos costó más que ciento cuarenta hombres entre muertos y heridos; sólo en el pueblo de Alcolea habíamos muerto nosotros doble ó triple número de insurgentes (1).

Tomado ya el puente de Alcolea, bastaban pocos instantes para colmar el foso del reducto y hacer pasar la caballería y artillería del ejército. Hízose al instante, y atravesaron el puente, encomendando su custodia al

(1) Como era de presumir, este resultado no concuerda con el que nos suministra el verídico Toreno, quien afirma que la pérdida fué igual por ambas partes, á causa de haberse podido retirar los españoles tranquilamente y con orden, no pudiendo Dupont proseguir contra ellos el alcance. Esta discordancia tan natural se reproducirá á cada paso; pero por no cansar al lector omitiremos semejantes confrontaciones siempre que se trate de acciones de importancia secundaria ó cuando la parcialidad no sea de mucho bulto y de todo punto inaguantable. (N. del T.)

batallón de marinos de la guardia. El grueso de las fuerzas españolas se había replegado sobre la carretera de Córdoba, en la eminencia de una llanura extendida, remate de una montaña que por un lado terminaba en el Guadalquivir y por el otro se unía con Sierra Morena. Al pie de la mesa estaba el ejército francés formado por batallones en columna cerrada, con la caballería y la artillería en los intervalos. Concedióle Dupont un instante de descanso y le mandó avanzar. Al solo aspecto de nuestras tropas, que entraban en acción con la misma serenidad que si estuvieran en revista, huyeron los españoles desordenadamente, abandonándonos la carretera de Córdoba. Cogiéronles los franceses varios prisioneros y parte de su artillería.

Continuó la marcha sin descanso, á pesar del calor abrasador del Mediodía, y á las dos de la tarde divisaron nuestras tropas la ciudad de Córdoba, con sus torres y la hermosa mezquita, hoy catedral, que la domina. No quería el general Dupont dar tiempo á los sublevados de recobrar y de ocupar á Córdoba, haciendo difícil su conquista á un ejército cuya única artillería era de campaña, y resolvió tomarla inmediatamente. Quiso, sin embargo, dirigirle una intimación con objeto de evitar si era posible el asalto: envió recado al corregidor, que andaba oculto, con tanto miedo de los españoles como de los franceses, pero no se presentó aquel magistrado. Negáronse los sublevados á oír á un eclesiástico que se les mandó, hicieron fuego contra todos los oficiales franceses que se acercaron á mover pláticas. No quedaba, pues, más medio que la fuerza para entrar en Córdoba: trajéronse entonces cañones, derribáronse las puertas y entramos en la ciudad en columna cerrada (2). Fué preciso tomar muchas barreras y asaltar después una por una todas las casas donde se habían fortalecido los bandidos de Sierra Morena. Hízose el combate encarnizado: nuestros soldados, exasperados por la resistencia, penetraron en las casas, mataron á los bandidos refugiados en ellas y arrojaron á muchos por las ventanas. Mientras unos sostenían aquella lucha, otros perseguían en columna al grueso de los sublevados, que por el puente de Córdoba habían tomado el camino de Sevilla. Mas pronto degeneró el combate en un verdadero pillaje, y aquella malhadada ciudad, una de las más antiguas é interesantes de España, fué entrada á saco. Después de apoderarse de varias casas á costa de mucha sangre y de matar á los insurgentes que las defendían, no escrupulizaron los soldados establecerse en ellas usando de todos los derechos de la guerra. Viendo que todos los sublevados que mataban iban llenos de botín, se dieron á su vez á saquear; pero más para satisfacer su hambre y su sed que para llenar sus sacos (3). Era el calor sofocante y la sed lo que más los aquejaba: apo-

(2) La ciudad de Córdoba no opuso á los franceses resistencia organizada; Echavarrí, conociendo que no podía defenderse, la abandonó, y sus vecinos habían cerrado las puertas sin más objeto que el de capitular. No hicieron, pues, las tropas de Dupont grande hazaña en hundir á cañonazos la Puerta Nueva y en meterse dentro matando y persiguiendo á los moradores. (N. del T.)

(3) ¿Fué acaso por satisfacer su hambre y su sed por lo que dejaron indeleble en aquella famosa catedral la huella de una rapacidad insaciable y destructora? Díganlo los conventos del Carmen, San Juan de Dios y Terceros, que quedaron entonces completamente destruidos, y la venerada iglesia de Fuensanta, que convirtieron en infame lupanar!!! (N. del T.)

deráronse de las bodegas, llenas de los más exquisitos vinos de España, horadaron los toneles á balazos y hubo muchos que se ahogaron en el vino derramado; otros, enteramente ebrios, sin respetar cosa ninguna, mancillaron el honor de sus banderas apoderándose de las mujeres y cometiendo con ellas ultrajes de toda especie. Siempre dignos de sí mismos nuestros oficiales, hicieron inauditos esfuerzos para poner término á tan abominable escena, y algunos tuvieron que hacer uso de la espada contra sus mismos soldados. En esto quisieron también á su vez entrar en la ciudad, para comer, beber y holgarse, las tropas que habían perseguido á los fugitivos al otro lado del puente de Córdoba, y que desde la víspera no habían recibido ración ninguna; y con ellas aumentó el conflicto. El paisanaje andaba merodeando por su lado, y la infeliz ciudad de Córdoba era á la sazón presa á un mismo tiempo de los bandoleros españoles y de nuestra soldadesca exasperada y hambrienta. Fué aquel espectáculo doloroso, de muy desastrosas consecuencias por el ruido que hizo después en España y en toda Europa. El general Dupont mandó tocar generala para atraer á los soldados á sus banderas; pero ellos ó no lo oían, ó no querían obedecer; y lo único que mantuvo la disciplina en todo el ejército fué la caballería y la artillería, que habían quedado fuera de Córdoba, adheridas á sus filas, aquella por sus monturas, ésta por sus cañones. Cualquier cuerpo enemigo que hubiera vuelto atrás, hubiera podido aprisionar toda nuestra infantería dispersa, embriagada y sumida en el sueño ó en la crápula; pero la misma hartura, y aquella misma nauseabunda torpeza pusieron fin á los excesos, porque nuestros soldados rendidos se tendieron por tierra entre los cadáveres y los heridos, cuerpo á cuerpo con los españoles que habían muerto ó hecho prisioneros.

A la mañana siguiente, al primer toque de tambor, aquellos mismos soldados, humildes y humanos como de costumbre, volvieron todos á sus filas. Restablecióse completamente el orden, y los malhadados habitantes de Córdoba salieron de la desolación á que se habían visto condenados por algunas horas. A excepción del palacio arzobispal, que había sido asaltado, y que estaba ocupado por el estado mayor de los insurgentes, todos los templos por lo general quedaron indemnes (1), á pesar de ser reputados los conventos como los principales focos de la insurrección. Los soldados desocuparon las moradas de los vecinos, se acuartelaron en los edificios públicos, recibieron los repartos que se les hicieron para quitar todo pretexto á la indisciplina, y de este modo volvió todo á su ser. Fueron registradas las mochilas, y el dinero que en ellas se encontró sirvió para aumentar el fondo del regimiento respectivo. Se habían tomado varios depósitos de numerario, unos que pertenecían á los sublevados, dimanados de los donativos voluntarios hechos por los particulares y el clero, otros propios del Tesoro público: todos se reunieron en las arcas generales del ejército para pagar atrasos (2). Tran-

(1) Véase la nota anterior. (N. del T.)

(2) Sólo se distrajo cierta suma para conceder á los generales y oficiales superiores una gratificación, que figuró con toda escrupulosidad en los estados del ejército y que se creyó de todo punto necesaria. Fué esta gratificación de tres y cuatro mil francos por persona. Así resulta de una comprobación sumamente rigurosa y detallada. (N. del A.)

quilizados los habitantes fueron paulatinamente regresando á sus casas, y hasta pidieron que permaneciese con ellos el ejército francés para no verse otra vez expuestos á nuevos combates en sus calles y edificios. Ocurrió un hecho singular, que hubiera podido servir de dato para calcular los servicios que nos prometían los soldados suizos: doscientos ó trescientos de éstos, que militaban con Agustín de Echavarrí, se pasaron á nuestras filas después de la toma de Córdoba, al mismo tiempo que otro número casi igual de los dos regimientos que llevábamos nosotros (de Preux y de Reding) nos abandonaron para pasarse al enemigo. Probaba esto de una manera evidente que esos soldados mercenarios, atraídos por la satisfacción de servir á la Francia y por su inveterada adhesión á la España, iban á estar fluctuando entre los dos partidos hasta afiliarse por último en el que alcanzase la victoria. No había, pues, que contar con ellos para un desastre, á pesar de la fidelidad, reconocida y justamente apreciada, de los soldados de su nación.

La nube que había descargado sobre Córdoba causó á un mismo tiempo terror y coraje á los españoles; mas superando el enojo al miedo formaron en breve en toda Andalucía el proyecto de juntarse en masa para escarmentar al general Dupont y vengar en él el saqueo de aquella ciudad, que pintaban por doquiera con los colores más sombríos. Hablábese hasta en las más insignificantes aldeas de los asesinatos de mujeres, niños y ancianos; de vírgenes violadas, de templos profanados: asertos escandalosamente falsos, puesto que, si bien la confusión había sido grande por un momento, el pillaje había sido de poca consideración, y no había habido más muertes que las de algunos sublevados cogidos con las armas en la mano. A pesar de eso, toda la Andalucía unánime se pronunció contra los franceses, ya harto aborrecidos, sin que fuese menester aumentar con cuentos engañosos el rencor que inspiraban. Juraron matarlos hasta que no quedase uno solo, y en cuanto les fué posible así lo cumplieron.

No bien atravesaron nuestras tropas la Sierra Morena, sin dejar apenas fuerza alguna á su espalda por causa de su corto número, se cubrió su línea de comunicaciones de enjambres de insurgentes, ocupando los desfileros, invadiendo los lugares por donde pasa la carretera y asesinando sin piedad á cuantos franceses rezagados, enfermos ó heridos, hallaban á mano. Así pereció asesinado el general René, con las más horribles particularidades. En Andújar, aprovechando los sediciosos de Jaén nuestra salida, invadieron la población y mataron á todos los enfermos que había en un hospital. La esposa del general Chabert se libró de ser asesinada por mediación de un eclesiástico. En la aldea de Montoro, situada entre Andújar y Córdoba, sucedió un hecho digno de salvajes caníbales: habíase destinado un destacamento de doscientos hombres á guardar una tahona en que se hacía el pan para el ejército mientras llegaba el día de entrar en Córdoba; la misma víspera de este día, y antes por consiguiente de cometer los franceses los horribles excesos que se les han acumulado, los pobladores de las cercanías, procedentes unos de Sierra Morena y otros de los lugares aledaños, cayeron de improviso y en considerable número sobre la referida guardia, y asesinaron á todo el destacamento, haciendo

pruebas de ferocidad inauditas. A varios de aquellos infelices soldados los crucificaron en los árboles, ahorcaron á otros, encendiendo hogueras bajo sus pies; enterraron á muchos medio vivos; á algunos los aserraron entre dos tablas: no hubo invención bárbara, brutal é infame que con aquellos pobres mártires de la guerra no se consumase. Lograron unos cinco ó seis libertarse de la matanza como por milagro, y llevaron la noticia al ejército, que lleno de indignación y espanto juró deponer toda clemencia. Así iba tomando la guerra caracteres atroces, sin cambiar no obstante el corazón de nuestros soldados, los cuales, pasado el calor del combate, volvían á mostrarse humanos y apacibles como lo eran de costumbre, como lo han sido siempre en toda la Europa, que han recorrido como vencedores y nunca como bárbaros.

El general Dupont, establecido en Córdoba, aunque aprovechaba los recursos que esta vasta ciudad ofrecía para rehacer su ejército y reparar sus municiones y pertrechos, no teniendo más fuerza que unos doce mil hombres, entre ellos más de dos mil suizos, con quienes no podía contar, no se hallaba en disposición de internarse en Andalucía antes de la reunión de las divisiones de Vedel y Frere, que habían quedado una en Toledo y otra en el Escorial. Había pedido con instancias, y con este refuerzo de diez á once mil hombres de infantería, que haría ascender su cuerpo de ejército á unos veintidós mil hombres por lo menos, esperaba poder cruzar la Andalucía como vencedor, extinguir el foco permanente de Sevilla, ganar para el rey José á Castaños y á la tropa regulada, pacificar al Mediodía de España, salvar la escuadra francesa del almirante Rosily y frustrar por último todos los planes de los ingleses en Cádiz. Aguardaba, pues, con impaciencia los refuerzos que había pedido, no dudando de su próxima llegada después de los partes que había despachado á Madrid. Faltaba saber, sin embargo, si llegarían los partes á su destino, una vez convertidos en guardianes de la Sierra Morena todos sus antiguos bandoleros, los cuales asesinaban á los correos sin dejar pasar uno solo.

Pero mientras el general Dupont, que había entrado en Córdoba el 7 de junio, esperaba refuerzos, iba tomando consistencia el levantamiento de Andalucía. Las tropas de línea, que completaban unos doce ó quince mil hombres, se reconcentraban sobre Sevilla. Organizábanse entretanto y empezaban á disciplinarse las nuevas levadas, aunque eran menos numerosas de lo que se había creído. Unos ingresaban en las filas del ejército para aumentar su fuerza efectiva, otros se destinaban á formar batallones de voluntarios: todos se iban armando é instruyendo. Así que la insurrección sacaba partido de la tardanza, preparando sus medios de acción, mientras el ejército francés padecía, empeorando su posición á cada instante; porque además de no llegar los refuerzos, el calor, siempre progresivo, aumentaba las enfermedades y contribuía notablemente á desanimar al soldado. Al mismo tiempo nuestra escuadra corría el mayor peligro en Cádiz.

Desde el asesinato del malhadado Solano, la fermentación en esta ciudad había ido siempre en aumento, dominando la hez del populacho. El actual capitán general don Tomás de Morla trataba de conservar su puesto adulando á la multitud y tolerando que cometie-

se cada día cuantos excesos quisiera para saciar su furia. Inmediatamente después de asesinar al capitán general Solano, habían empezado las turbas á clamar por la destrucción de nuestra escuadra y la matanza de los marineros franceses. Natural era que lo pidiesen, pero muy difícil que pudieran llevarlo á cabo contra cinco navíos franceses y una fragata, montados por tres ó cuatro mil marinos libertados del combate de Trafalgar y dueños de cuatrocientos ó quinientas bocas de fuego, con las que podían incendiar las escuadras españolas y todo el arsenal de Cádiz antes de dejarse abordar un solo hombre. Añádase á esto que situada nuestra marina á la entrada de la bahía de Cádiz, cerca de la ciudad, juntamente con la división española que se estaba armando, podían fácilmente destruirla y acribillar la ciudad con una lluvia de fuego. Quizás los españoles hubieran llamado en su auxilio á los ingleses y entonces nuestros marinos hubieran sucumbido á los disparos cruzados de los fuertes españoles y de los buques de la Gran Bretaña; pero hubieran muerto cruelmente vengados de aliados ilusos y de enemigos bárbaros.

Conociendo mejor que el pueblo de Cádiz esta crítica posición, no había querido don Tomás de Morla exponerse á tamaño riesgo, y con su acostumbrada maña había entablado negociaciones. Había propuesto al almirante Rosily que se desviase un poco internándose en la bahía, dejase la división española á la entrada de modo que las dos escuadras estuviesen separadas una de otra para evitar todo choque, y confiase á los españoles solos el encargo de mantener cerrado el puerto á los ingleses; y suponíase que había resolución de hacerlo, porque sin embargo de estar estipulando una tregua con éstos, se afectaba no quererles entregar los grandes establecimientos marítimos de España. Persistíase en efecto en rehusar el auxilio de cinco mil hombres de desembarco que habían ofrecido. Aceptó estas condiciones el almirante Rosily, que esperaba de un momento á otro la llegada del general Dupont, seguro de verse en breves días dueño del puerto y del establecimiento de Cádiz, y con arreglo á ellas separó sus naves de las españolas y tomó posición en lo interior de la bahía, cuya entrada seguía ocupando la división española. Así corrieron los primeros días de junio, tiempo empleado por el general Dupont en apoderarse de Córdoba. Pero reconoció en breve el almirante Rosily que las aparentes consideraciones del capitán general don Tomás de Morla eran un mero ardid para ganar tiempo y disponer los medios de aniquilar á la escuadra francesa dentro de la bahía, sin exponer mucho á Cádiz y á su espacio arsenal.

Para formarse una idea de esta situación, conviene saber que la bahía de Cádiz, semejante en parte á la de Venecia y á todas las de Holanda, se compone de espaciosa lagunas que han ido lentamente formándose de los aluviones del Guadalquivir. En medio de estas lagunas se han abierto dársenas, canales, astilleros y suntuosos almacenes, sacando partido de un grupo de peñas que se alza en la mar á cierta distancia, unido á la tierra por un espolón, para construir una inmensa rada y cerrar su acceso. En este grupo de peñas está fundada la ciudad de Cádiz, la cual domina la bahía que lleva su nombre, y cruzando sus fuegos con los de la tierra baja de Matagorda que tiene enfrente, defiende

la entrada contra las escuadras enemigas. Ábrese la rada al Oeste, y al Este hay una espaciosa concha que se comunica por medio de pasos y canalizos con los grandes establecimientos conocidos con el nombre general del arsenal de la Carraca. Entre la entrada que Cádiz defiende y la Carraca media una distancia de tres leguas, y con objeto de alejar á los enemigos, cerca de la embocadura hay un gran número de cañones; pero disminuyen los fuertes y baterías á medida que se va penetrando hacia el centro de las lagunas en que se han abierto las dársenas por la imposibilidad de llegar hasta allí.

Al ver el almirante Rosily que se llevaban morteros y obuses con grandes esfuerzos á todas las baterías que obraban sobre el centro de la bahía, y que se equipaban apresuradamente lanchas cañoneras y bombardas, no pudo ya dudar del objeto de tantos preparativos, y formó el proyecto de esperar al plenilunio, en que debía subir la marea, y aprovechar el calado para meterse con todas sus naves armadas en los canales que salen á la Carraca. Allí estaría al abrigo de los fuegos más temibles, y en posición de poderse defender largo tiempo y de hacer mucho daño antes de sucumbir; pero para esto era menester que se alzase viento de Oeste, y reinaban los enteramente contrarios, por lo cual tuvo que aplazar la ejecución de su proyecto. Por otra parte la previsión de los oficiales españoles hizo en breve enteramente imposible aquella maniobra, porque echaron á fondo en todos los canalizos que conducían á la Carraca buques viejos, pusieron al ancla una línea de lanchas cañoneras y bombardas con muy gruesa artillería, y otro tanto hicieron del lado de Cádiz, estableciendo otra línea de cañones y bombardas y echando á pique más cascos de navío. Con esto estaba la escuadra como bloqueada en el centro de la bahía, fija en una posición de donde no podía salir, expuesta á los fuegos de tierra y de las lanchas cañoneras, y privada de medios para trasladarse adonde pudiera causar más daño.

Terminados todos los preparativos el 9 de junio, sin tomarse el trabajo de conferenciar, mandó Morla romper el fuego contra la escuadra del almirante Rosily, y al punto comenzaron á arrojar balas sobre nuestros navíos veintiuna lanchas cañoneras y dos bombardas, del lado de la Carraca, y veinticinco cañoneras y doce bombardas del lado de Cádiz. Por este lado habían puesto cerca de la línea de lanchas cañoneras, para que les sirviese de apoyo, al navío *Príncipe de Asturias*, que estaba destinado á ser navío francés. Agregaban á estos fuegos el de sesenta cañones, de grueso calibre y el de cuarenta y nueve morteros, las baterías de tierra, protegidas con grandes espaldones que las defendían de nuestros proyectiles. Nuestros cinco navíos y la fragata que completaba la división se condujeron, sufriendo una lluvia de balas y de bombas, con la intrepidez y el ardimiento propios de los héroes de Trafalgar; desgraciadamente, el escaso fondo del agua no les permitía acercarse á las baterías de tierra que hubieran podido derribar, de modo que tenían que aguantar sus descargas sin poder corresponder á ellas eficazmente por lo macizo de los espaldones. Sin embargo, se desquitaban con las bombardas y lanchas cañoneras, de las cuales inutilizaron y echaron muchas á pique. El fuego, que había empezado el día 9 á las tres de la tarde, duró hasta las diez de la

noche: al día siguiente volvió á comenzar á las ocho de la mañana, y duró sin interrupción hasta las tres de la tarde, con las mismas circunstancias que el día anterior. Al concluir aquel malhadado combate habíamos recibido dos mil doscientas bombas, de las que sólo ocho cayeron á bordo, sin causar daño de consideración. Tuvimos trece muertos y cuarenta y seis heridos de gravedad; pero habíamos destruído quince lanchas cañoneras y seis bombardas, y puesto á cincuenta españoles fuera de combate. Pequeño hubiera sido este resultado tratándose de cosa importante, mas era grande y con exceso para un combate que no podía tener más objeto que consumir una inútil carnicería. Creyendo D. Tomás de Morla haber hecho lo bastante para reprimir al populacho de Cádiz, y temiendo que la escuadra francesa cometiese algún acto de desesperación, despachó un oficial para conferenciar con el almirante Rosily é intimarle la rendición, representándole la imposibilidad en que estaban los franceses de defenderse encerrados y como prisioneros en aquella bahía. Hizo que le insinuasen también que estaba pronto á firmar un convenio honroso si el almirante se prestaba á ello. Pero Rosily contestó que la rendición era inadmisibles porque las tripulaciones serían capaces de sublevarse y negarle la obediencia, pero que dejaba la elección entre estas dos condiciones: ó salir de la bahía mediando promesa de los ingleses de no perseguirle hasta después de cuatro días, ó permanecer inmóvil en ella hasta que los acontecimientos generales decidiesen de su destino y del de Cádiz, comprometiéndose á poner en tierra todas sus municiones de guerra para mayor seguridad. Respondió Morla que no podía por sí sólo aceptar ninguna de las condiciones, y que iba á comunicárselas á la Junta de Sevilla, que era la autoridad suprema reconocida por toda la España meridional. Ya fuese ó no la propuesta de esta nueva dilación una ficción de Morla, que tratase aún de ganar tiempo para disponer nuevos medios de destrucción, siempre convenía al almirante Rosily admitirla, porque se anunciaba de un momento para otro la llegada del general Dupont, de quien se sabía haber entrado en Córdoba el día 7: accedió, pues, á ella esperando todos los días, con la misma ansia con que se espera una sentencia de vida ó muerte, oír en el horizonte los estampidos del cañón que le anunciase el apareamiento del ejército francés.

Habiendo en efecto entrado el 7 en Córdoba, bien podía el general Dupont estar en la costa de Cádiz para el 13 ó el 14; pero en aquel intermedio toda la comarca se había cubierto de reductos, cañones y otros medios formidables de destrucción. Persuadido el almirante de que si el general Dupont no le libertaba, iba á sucumbir bajo aquella lluvia de proyectiles y á sacrificar inútilmente tres ó cuatro mil marineros, los mejores que tenía la Francia, concibió un proyecto desesperado, que, aunque no podía con certeza salvarlos, les ofrecía al menos alguna esperanza, y cuando no, la satisfacción de vengarse destruyendo mucha más gente de la que él perdiese. Sin embargo de estar obstruídos los canalizos para salir de bahía del lado de Cádiz, había descubierto él un paso practicable, y resolvió acometer furibundo á la división española el día que volviera á romperse el fuego, sorprenderla mal armada y en número no superior á la suya, incendiarla antes que llegasen los ingleses